

castigo." El Sumo Pontífice prevenía se la pusiese en libertad, rogando á Dios por su conversión, y concediéndole en todo caso su bendición paternal.



El Amor Frustrado.

Hace algunos años que caminaba yo en el mes de Enero de Puebla á México, no en diligencia como ahora se usa, sino en un coche viejo, penosamente arrastrado por ocho malísimas mulas. Empeñé el segundo día de camino la jornada ordinaria de Texmeluca á Ayotla; pero habiéndose descompuesto el coche, y cayendo á la sazón una fuerte nevada, hubé de quedarme en Río Frio, no sin pena, al verme precisado á pasar una mala tarde y una pésima noche en aquel desabrigado mesón. Mis compañeros de viaje se acomodaron en un cuarto estrecho; y yo, tanto por no serles molesto, como por estar con más anchura, tomé para mí otra pieza, allá en lo más retirado del edificio. Hice á mi criado encender fuego con que calentarme, y pasé toda

la tarde en leer, ocupación de que solían distraerme los rudos cantares de los arrieros y otras gentes pobres, á quienes la casualidad había reunido allí y que sentados al rededor de una lumbrera, bajo el techo de una medio arruinada caballeriza, disipaban el fastidio de aquellas horas con la conversación, el canto y el aguardiente.

Ya había entrado la noche, y yo me aprestaba á recogerme, con intento de madrugar al otro día, cuando percibí ruido de caballos en el patio, y oí que un recién venido, después de dar orden á su criado de acomodar las bestias, pidió al huésped un cuarto donde retirarse. Nombróle éste el número tres; pero fuese por casualidad, fuese por mala inteligencia, el viajero pasó al mío que estaba marcado con el número seis, y se entró en él acompañado de otro criado del mesón que llevaba una linterna en la mano. Apenas se halló dentro y reconoció su error, cuando quiso salirse, disculpándose de su inadvertencia. Detúveme yo, convidándolo á pasar conmigo aquella noche, ó á detenerse por lo menos mientras se le proporcionaba alojamiento. Condescendió con mis deseos, y sentándose en una silla, de dos que había en la estancia, y quitándose el embozo que lo cubría, dejó ver una persona gallarda y bien parecida. Dábale de lleno la luz que allí ardía, y noté que sus facciones no me eran desconocidas: examinélas despacio, y al cabo de

un rato, ví que el que tenía delante era mi antiguo amigo y compañero de colegio Teodoro Mendivil. Hacia tiempo que nada sabía de él, de modo que al verle ahora, corrí á él con los brazos abiertos, y le mantuve estrechado por un buen espacio sin hablarle palabra. No sabía él qué creía de mi arrebató, quizá me tuvo en aquel momento por loco, hasta que oyéndose llamar de mí por su nombre, y cerciorado de quién yo era, me abrazó con muestras de ternura. No acabábamos de maravillarnos de aquel inesperado encuentro. Preguntéle hacia dónde caminaba, y díjome que á Veracruz. De este modo, le repliqué, sólo esta noche estaremos juntos; no permitiré, pues, que mudes de habitación, y será fuerza que te quedes conmigo. Dí mis órdenes al intento, procurando obsequiar á mi amigo; y movido él de mi oficiosidad, condescendió en pasar aquella noche á mi lado. Sólo tú, me dijo, puedes obligarme á preferir en estas horas la compañía al retiro: estoy abrumado de tedio, y nada apetezco tanto como la soledad y el silencio.—En efecto, noté que su fisonomía era triste, su mirar abatido, y que sus ademanes daban muestras de algún grave pesar. Picado de la curiosidad, quise saber la causa de su desazón. Vaciló al principio en referirmela; no por falta de confianza, sino porque sus males, añadía, eran de aquellos, que no sólo no se remedian con comunicarlos, sino que

cobran fuerzas al repetirlos. Al fin, vencido de mi amistad, condescendió con mis ruegos. La noche mediaba su curso: el viento resonaba con fuerza en los montes circunvecinos: toda la gente que había en el mesón dormía profundamente: nosotros éramos los únicos que estábamos en vela en aquel desmantelado edificio. Mi amigo dió entonces principio á su relación del modo siguiente.

—
 “Tú me conociste, dijo en un colegio de Puebla, pero nunca tuviste noticia de quién yo era. Los jóvenes se curan muy poco de indagar el origen de las personas con quienes viven, y á quienes las une tal vez una tierna amistad: gozan de los instantes presentes, no hacen caso de lo pasado, ni temen el porvenir. Todas las distinciones de origen son para ellos nada. ¡Ojalá lo hubiera sido para mí!

“Yo pasé los primeros años de mi infancia en una hacienda de labranza, distante algunas leguas de la ciudad de***, bajo la tutela de un anciano que cuidaba de mi educación. Desde muy pequeño se me hizo saber que mis padres habían fallecido dejándome huérfano. El mayordomo de la hacienda ministraba los gastos necesarios para mi sustento y enseñanza. Mi tutor (que este nombre quiero darle) era un hom-

bre instruido, y que había hecho una carrera literaria no común; pero escaseces, desabrimientos y desengaños, le pusieron en el caso de encargarse de mí en aquel retiro. Aprendí con él las primeras letras, principios de latinidad y elementos de dibujo, sin tener más desahogo que correr en su compañía por aquellos campos, mirando las monótonas operaciones de la labranza. Mi preceptor era serio en demasía, y aunque nunca me maltrataba, ni reprendía con dureza, tampoco se franqueaba conmigo, ni le debí una sola caricia. Tuvo el mayor empeño en no dejarme comunicar con los niños de aquellas chozas inmediatas, y logró mantenerme en un riguroso aislamiento.

Bien sabido es el influjo que ejerce la soledad en nuestro ánimo: hace que las pasiones se exalten y adquieran una energía que no se halla comunmente en las personas que viven en el bullicio de las ciudades; y esto es más notable si los que se entregan á ella están dotados de instrucción. Entonces se traslada el hombre fácilmente, ó más bien por necesidad, á un mundo intelectual que se forja en su cabeza: en él vive, á él pertenece, y á él refiere y acomoda todas sus operaciones. Por eso vemos que casi todos los proyectos atrevidos que han trastornado el mundo, han salido de los retiros á que voluntaria ó forzosamente se habían confinado sus autores.

Yo nací sin duda con un temperamento melancólico, el cual se hubiera desenvuelto más tarde y con menos fuerza, si me hubiera tocado nacer y vivir en otra condición. Mas no fué así: sumergido en una profunda soledad; sin más compañía que la de mis libros y mi maestro; sin haber probado nunca la dulzura del trato civil, ni haber experimentado las afecciones de familia, me reconcentré dentro de mí mismo, y mis nacientes pasiones empezaron á desenvolverse con fuerza, consumiendo mi triste corazón. Desde entonces empezó á serpear en mis entrañas el secreto veneno que más tarde había de inficionarlas enteramente.

Tendría doce años, cuando hallándome un día del todo solo, se me vino la idea de no haber conocido nunca á mis padres. Había visto á los jornaleros de la hacienda hacer mil caricias á sus hijos, y correr éstos con gozo á sus brazos: había percibido el hechizo que tiene la palabra padre en los labios infantiles, y noté en mí un vacío, pues que nunca había tenido á quien llamar con este título: no había habido una voz que me diera el nombre de hijo, ni persona alguna, que con mano cariñosa me estrechase blandamente á su seno. ¡Qué poderosa es la naturaleza cuando se explica por sí misma! Empecé á conocer, como por instinto, mi aislamiento: las lágrimas se me vinieron involuntariamente á los ojos: se me cayeron los libros de la mano,

y un nuevo motivo de pena vino á aumentar las primeras amarguras de mi espíritu. Sobre este fondo sombrío se han dibujado después las tristes escenas de mi vida: no es, pues, mucho que ellas tengan para mí una fuerza y una valentía que probablemente no tendrán para los demás.

Llegué á los catorce años de mi edad, época en que experimenté una revolución completa. Hasta entonces no había salido de la hacienda ni aun para pasar á la parroquia vecina. Había oído hablar de las funciones de semana Santa, Todos Santos, Noche Buena, y otras, pero no sabía lo que eran. Un día de fiesta (quince de Agosto), me mandó mi preceptor acompañar al capellán que nos daba misa, al curato, de donde era vicario. Monté á caballo, y seguí á mi guía sin sospechar siquiera la causa de aquella novedad. Si advertí que al despedirme de mi maestro, me habló éste con una afabilidad de que nunca había usado.

Anduvimos cosa de tres leguas hasta llegar á un riachuelo, bastante crecido en aquella sazón con las lluvias, el que pasamos sobre un puente de bejuco, haciendo que los caballos atravesasen á nado la corriente.—“Hemos venido hasta aquí, me dijo el padre, porque este arroyo no da hoy vado en ninguna parte. En tiempo seco hubiéramos ahorrado lo menos una legua de camino.”—Echamos á andar nuevamente bajo una selva espaciosa, cuyos ramos

entrelazados negaban el paso á los rayos del sol. Al fin llegamos á un pueblo de indios, sembrado todo de chozas y árboles frutales, y con algunas casas de cal y canto en la plaza. Las campanas llamaban á misa; el cementerio se hallaba ocupado por los vecinos, y muchos concurrentes de los pueblos inmediatos venidos allí con motivo de la función de aquel día, y sólo se aguardaba al padre con quien yo venía, para completar el número de los que habían de dar principio á ella.

Entré á la iglesia acompañado por honor de un fiscal, empleo medio civil, medio religioso que existe en los pueblos de indígenas. Empezaron los oficios; y aunque la magnificencia de ellos, el canto y la música no fuesen en nada comparables á los de nuestras suntuosas catedrales: yo sentí un placer maravilloso. Concluida la misa, salió la procesión bajo una vistosa enramada puesta al intento. El suelo que pisábamos estaba todo cubierto de ramos y flores: el aire respiraba frescura y fragancia; y los ecos de las campanas, de los cohetes, de la música y de los cánticos sagrados, llenaban el viento de alegría. Esta escena sencilla, produjo en mí un contento y un bienestar de que siempre me acordaré.

Llevaba yo una de las varas del palio bajo el cual iba la santa imagen, cuando en una corta estación que hicimos para cantar una salve, volví la vista casualmente hacia

atrás, y entre el grupo de mujeres que nos seguía, ví. . . . ¡ Pero cómo es posible que te lo diga sin sentir, hoy más que nunca, abrasado mi pecho con los más vivos ardores! ” Diciendo esto me tomó una mano, estrechándola fuertemente entre las suyas, y llevándola á su pecho con apasionada violencia, sus facciones se alteraron visiblemente, y brillaron sus ojos con un fuego desusado. “¿ Has amado alguna vez, exclamó? ¿ Sabes lo que es el imperio de la hermosura?—Ví, prosiguió, á una jovencita como de doce á catorce años, bella, tierna, agraciada. . . . ¿ qué digo? un ángel en la tierra. Su rubio cabello, su color fresco y rubicundo, su elegante cuerpo, su preciosa boca, y sus divinos ojos, formaban un conjunto que me robó la vista, y me traspasó el corazón. Te juro que desde aquel momento empecé á amar sin saber lo que era amor: sentía el efecto, y no atinaba con la causa. Miente quien dice que el amor es hijo del tiempo y del trato: no, ese es el amor común; pero el amor puro y perfecto es repentino é irresistible: nace con el hombre, se desenvuelve instantáneamente en la época de su vida que señala la Providencia, le acompaña hasta el sepulcro, y renace con él en la eternidad.

Seguí la procesión maquinalmente sin saber á punto fijo lo que pasaba por mí. Mientras más miraba al objeto que había llamado mi atención, más me hechizaba:

sus perfecciones crecían por momentos á mis ojos, y el fuego que devoraba mi interior, se dejaba ver en mis tristes y ávidas miradas.

Acabada la función pasé al curato, donde el padre capellán de la hacienda me dió á conocer al cura de aquella feligresía. Era éste un eclesiástico como de sesenta años, medianamente grueso, de complexión sana, de modales complacientes, de genio apacible, y de costumbres virtuosas. Recibíome con agrado, procurando con su trato festivo, romper los lazos de mi timidez, fruto indispensable del género de mi vida que había yo llevado hasta allí. Después de una comida moderada, pero sazónada con los chistes y buen humor del dueño de la casa, se entablaron varias partidas de tresillo: muchas personas de las visibles de la concurrencia, formaron en la sala un baile casero, entre tanto que la gente común reunida en un ancho y espacioso portal, que caía bajo las habitaciones del cura, se entregaba tranquilamente á otro género de regocijos. Así quisieron todos entretenerse en una tarde lluviosa cual era aquella. Todo lo miraba yo, todo lo notaba, y todo me cogía de nuevo. Estos objetos, frívolos en sí mismos, se presentaban entonces á mis ojos con un carácter de novedad y de interés, que no he podido encontrar posteriormente en los grandes espectáculos de las ciudades.

Tomome el cura aparte, y entrándose conmigo á un gabinete, me dijo:—"Mi vicario te ha oído cantar en la capilla de la hacienda, y me ha asegurado que tienes excelente voz. Quiero, pues, agregarte al coro de mi parroquia. Eres huérfano; pero desde hoy perteneces á mi familia, y ya te cuento como uno de los individuos que la componen. Sé también que has aprendido latinidad: ahora aprenderás la lengua mexicana y la música. Si quisieras abrazar el estado sacerdotal, me darás en ello mucho gusto; si no fuere así, no por esto dejarás de encontrar en mí un apoyo. Lo único que deseo es que aproveches el tiempo, y seas hombre de bien."—Yo estaba sorprendido con lo que veía y oía, pareciéndome que entraba en otro mundo, y que cuanto me pasaba era un sueño. No acertaba á dar las gracias á mi bienhechor por sus ofertas: quizá tampoco sabía cómo hacerlo. Conoció él mi turbación, y lleno de benevolencia me condujo á la sala para que gozase del baile. Trajes y sombreros de colores vivos, cargados de galones y flecos de oro y plata, hacían resaltar el rústico lujo de los habitantes de nuestros pueblos. El regocijo que brillaba en los semblantes era completo; y la diversión, descargada del gravamen de la etiqueta, era cumplida.

Yo me coloqué á un extremo de la sala, desde donde, pasada la primera impresión, me puse á observar los diversos objetos que

tenía delante. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando ví en el extremo opuesto á la misma jovencita que tanto había llamado mi atención en la mañana! Mi corazón empezó á latir con violencia; conocí que mi semblante se inmutó, y sentí correr por todo mi cuerpo, primero un ardor súbito, y después un frío mortal, que llegó hasta las médulas de mis huesos. Quedé inmóvil, clavé en ella los ojos, y sin atender á lo que pasaba en mi derredor, permanecí mirándola, como el águila al sol, todo el tiempo que duró aquella diversión.

No hay duda que las almas que han nacido para quererse, se entienden con facilidad, y que hay entre ellas un idioma mudo, una inteligencia misteriosa, más elocuente que todas las palabras proferidas. Fuese ilusión, fuese realidad, me pareció que sus ojos se encontraban á menudo con los míos; que alguna vez se tiñó su semblante con el delicado tinte del rubor; que bajando la vista al suelo, ó distrayéndola hacia otro lado, la solía volver furtivamente á mí; que había en sus ademanes cierto entorpecimiento, cierta ligera turbación, que no es fácil de describir. ¿Qué se yo? Su alma recibía tal vez en aquel momento las primeras impresiones del amor.

Llegó la noche, y disuelta la concurrencia, me retiré á la estancia que me estaba destinada. Quise entregarme al sueño, pero no pude. Aquella imagen hermosa es-

taba presente á mi memoria; y su talle gentil, y sus facciones delicadas, y su graciosa boca, y su amable sonrisa, se dibujaban con tanta viveza á mi fantasía, que me mantenían embebecido. Corrían las horas, y yo estaba absorto, mirando en mi mente, bajo las formas más encantadoras, al divino dueño de mis enamorados pensamientos.

Comencé al siguiente día á poner en práctica los ejercicios de mi nuevo método de vida. Aprendía la lengua mexicana en compañía de un clérigo ordenado de epístola, que había venido allí con el mismo objeto; y tomaba de éste, que era excelente músico, lecciones de clave. A pocos días encontré que la señorita que tanto ocupaba mis potencias venía á ser mi condiscípula de música. Decir cuánto celebré éste incidente, fuera inútil, y no lograría más que alargar mi relación, aumentando el fastidio que probablemente te estaré causando con ella.

Entonces supe que se llamaba Doña Isabel Gallardo; que sus padres habían muerto pocos meses antes, y que siendo ella sobrina del cura, la había traído éste á su feligresía, dándole habitación en una casa particular, bajo la tutela de una señora anciana. Sus modales, su apostura y conversación mostraban que se la había educado con esmero; bien es verdad que á sus prendas naturales y adquiridas, daba realce su no afectada modestia. Desde el primer mo-

mento que la ví, noté que su porte, su traje y continente, eran diversos de cuanto había yo visto hasta entonces. Apenas tenía idea de las desigualdades sociales; allí empecé á conocer que había en el mundo otras condiciones más elevadas, y que la jerarquía de la hermosura era la primera y más poderosa de cuantas ejercen su influjo entre los hombres. Pero esta consideración engendró después en mí los más recelosos temores. Un muchacho pobre, cantor de parroquia, recogido por el cura á título de caridad, y sin más recomendación que su buena voz, estaba colocado en una situación muy inferior al elevado objeto de sus adoraciones.

Este pensamiento llegó á llenarme de amargura. La misma desconfianza que ataba todos mis movimientos, y helaba las palabras en mi boca, encendía en mis entrañas un fuego inextinguible. ¡Qué días tan tormentosos fueron aquellos para mí!

Existía en aquella casa una pequeña biblioteca. Mi afición me llevó á leer y casi á aprender de memoria los poetas que en ella había. Nada me era más grato que ver pintados en sus versos la naturaleza y efectos de la pasión de que yo me hallaba consumido; sus expresiones que para una alma fría serían exageradas, eran para mí muy naturales, como que estaban acomodadas al temple de mi espíritu.

Mi melancolía se aumentaba gradual-

mente, y todo cuanto me rodeaba, contribuía á acrecentarla. Los espectáculos que la naturaleza ofrece en mi país son grandes é imponentes; pudiéndose asegurar que en él es todo sublime. Montes elevados, cubiertos en la falda de árboles gigantescos, y coronados en la cima de perpetuas nieves; valles profundos enriquecidos con la lozana vegetación, de los climas cálidos, ríos crecidos; cascadas pintorescas; precipicios y derrumbaderos asombrosos; prados pequeños, alternados con malezas, pero risueños y apacibles; vientos fuertes; lluvias copiosas; tempestades terribles; todo hiere, todo sorprende la imaginación; y es increíble la armonía que guardan estas escenas con las impresiones del amor. Mi espíritu despertaba, por decirlo así, con el sol, se llenaba de tedio con los nublados, estallaba en arrebatos imprevistos con las tempestades, ó se desataba en lágrimas con las lluvias. Jamás se borrarán de mi memoria aquellas escenas, aquellos lugares, ni aquellos amores.

Empecé á instruirme en la música, cuyos acentos se hermanaban en mí con las más tiernas sensaciones. Por eso he mirado este arte con un afecto particular, considerando en él, no la expresión de una melodía caprichosa, ni el empeño pueril de vencer dificultades, sino el lenguaje armonioso del alma, y la íntima revelación de sus secretos. Adelantaba en la música, pero tam-

bién adelantaba en mi pasión. Unas veces me mantenía ella en un vago delirio; otras me llenaba de esperanzas, y muchas me sepultaba en el desconsuelo y la desesperación. Yo sé, por propia experiencia, que la música y la poesía son las más fieles compañeras que tiene el corazón humano cuando recorre el laberinto de sus pasiones, y las únicas que pueden expresar lo que él goza y lo que padece.

Mi amor era sumo, pero yo no me atrevía á declararlo. Es verdad que las miradas de Isabel y las mías estaban llenas de mútua inteligencia, y que uno y otro deseábamos con ansia llegase la hora de la lección para vernos, dilatando el tiempo destinado á ella con cualquier pretexto. El corazón (que nunca engaña) me persuadía que yo no era indiferente á los ojos de aquella á quien me había consagrado; pero mi timidez, y más que todo la consideración de mi inferioridad, echaban á tierra todos mis propósitos. Luché mucho tiempo conmigo mismo, hasta que al fin arrastrado por una fuerza ciega, á que no me era dado resistir, tomé la pluma, y confié al papel lo que no se atrevían á expresar mis labios. Aguardé una ocasión favorable en que hallarme á solas con ella, y con voz balbuciente y mano trémula puse mi carta en sus manos. Tomóla maquinalmente, no menos turbada, y salió de casa hasta el otro día. ¡Qué de zozobras pasé entre tanto! La

esperanza y el temor me combatían alternativamente. Vino el día deseado é Isabel no pareció, dando por disculpa que se hallaba indispuesta; vino el siguiente y sucedió lo mismo; hasta que al tercero se presentó de nuevo á mi vista, más linda que el astro de la noche, cuando después de la tempestad rompe el cerco de nubes que la circunda. Ví en ella una deidad digna de adoración; al paso que noté en sus miradas un rayo de benevolencia hacia mí. ¡Ah! ¡quién no sabe leer en los ojos de la persona que ama los secretos que encubre su pecho! Mi primer impulso fué el de arrojarme á sus pies, y besar el suelo que pisaba. ¡De qué extremos no es capaz un joven en los arrebatos de sus primeros amores! Contúvome el temor de ser visto, no menos que el respeto que ella misma me infundía.

Concluída la lección, la pedí, no sé cómo, respuesta de mi carta.—No he tenido, me dijo, poniéndose más encendida que el carmín, no he tenido tiempo de escribir.—¿Y lo tendrá vd. para mañana? le repliqué.—No sé, contestó ella, porque lo que vd. me trata, es necesario pensarlo mucho.—No dijo más, sino que llena de embarazo dió la vuelta y desapareció. Quedé yo lleno de nuevas incertidumbres; pero más animado para redoblar mis instancias. Ellas fueron tales y mi fortuna tan próspera, que al cabo de algunos plazos logré verme correspondido.

¡Oh, cuán grato es hallar acogida en un corazón inocente y puro! Me pareció nacer á nueva vida. Desde aquel momento ya no me inspiraba desconfianzas la superioridad de Isabel, sino que engendró en mí sentimientos elevados. Tú verás después si tenía yo razón en esto, ó si todo procedía del estado de entusiasmo ó más bien de ceguera á que me hallaba reducido.

Mi ventura llegó á su colmo. Se ausentó el cura por algunos días, con lo que tuvimos tiempo de alargar nuestras lecciones, y aun de tener á solas no pocas conferencias. ¡Qué de palabras amorosas! ¡Qué de declaraciones tiernas! ¡Qué de coloquios dulcísimos pasaron entre nosotros! Nunca han corrido las horas con tanta serenidad como entonces. Consagréla mis afectos; júrela un amor eterno; puse en sus manos la llave de mi albedrío y no pensé desde entonces más que en vivir en ella y para ella.

Dióme una vez un rizo de su rubia cabellera, el cual recibí con suma estima. Entonces me atreví á tomar una de sus blancas manos, y estampar en ella un ósculo de fuego. Jamás pasó de aquí mi atrevimiento; porque yo miraba en Isabel una criatura de superior esfera, ó por mejor decir, un núnen tan elevado, que por profundo que fuese mi rendimiento, nunca era digno de ser admitido en su presencia. Te confieso francamente, que si como nací cristiano, hubiera nacido gentil, la hermosura unida á

la virtud, hubiera sido el ídolo á quien hubiera doblado la rodilla.

Se aproximaba la Noche Buena, función que era celebradísima en aquel pueblo, y que atraía un gran número de gentes. Regresó el cura, y entre las diversas familias que vinieron con objeto de pasar las pascuas, llegó una, con quien él mantenía una antigua y estrecha amistad. Componíase de un caballero vizcaíno llamado Don Lorenzo de Echeandía, de otro hermano suyo soltero, Don Antonio, de tres señoritas jóvenes, hijas del primero, y dos caballeros mozos sus hermanos. Había compuesto el cura, que picaba de poeta, un coloquio ó sea drama sagrado, titulado "Los trabajos de Jacob," y dispuso solemnizar las fiestas haciéndolo representar por nosotros mismos. Repartió los papeles, tocando á Isabel el de la hermosa Raquel, y á mí el del enamorado Jacob. Las señoritas nuestras huéspedes, sus hermanos y otras personas, tomaron parte en la representación. Había coros de pastores y pastoras, música, ángeles, y qué sé yo cuántas más cosas. El caso es que si la obra no estaba ajustada á las que llaman reglas dramáticas era sí bastante entretenida. Nos hicieron á los actores vestidos análogos al intento, y al fin se abrió la primera representación en el portal inferior del curato, el día primero de pascua.

Se presentó Isabel en la escena, dejando

encantados á los circunstantes con su hermosura y discreción. Aparecía cuidando los rebaños de su padre; y su vestido, rústico en apariencia, aumentaba su belleza en vez de disminuirla. Podíase decir de ella lo que decía el Tasso hablando de Herminia:

El hábito grosero no desluce
sus formas elegantes y gentiles,
belleza incomparable en ella luce,
bien que ocupada en ejercicios viles...

Cuando hablaba, ¡qué gracia tenían sus palabras! ¡qué metal tan dulce era el de su voz! Y después, ¡qué modestas, pero qué expresivas sus miradas! Si un pintor quisiera formar el emblema de la inocencia, debería haber retratado á Isabel en aquellos momentos.

Mi encogimiento natural, y el respeto que me imponía aquella beldad, dieron á mi papel un aire tan natural, que fuí muy aplaudido. Lo que puedo asegurar es que las expresiones amorosas que la dirigí iban envueltas en el mágico acento de la pasión, y que si mis palabras eran á veces balbucientes, partían de un pecho inflamado con los rayos de sus ojos. Todavía me acuerdo que después de habernos dicho los dos en verso mutuos requiebros, me acerqué á ella lleno de ardor, y la dije en voz baja:—¿Serás tan constante como acabas de prometerme?—Sí, me contestó ella, agradable-

mente sorprendida.—¿Siempre me habrás de amar?—Sí, siempre, siempre.—Mira que tú vales mucho y yo nada.—Calla, calla, no nos oigan, replicó ella sonriendo. No sé lo que pasó por mí en aquel instante. Mi corazón dió un vuelco, y un presentimiento pavoroso, pero vago y lejano, empañó repentinamente el brillo de mi felicidad.

Se acabaron las pascuas, y con ellas las diversiones. Apenas se habían ido nuestros huéspedes, cuando me hizo saber el cura que yo debía ir á continuar mis estudios á Puebla, y que mi viaje estaba resuelto para de allí á dos días. ¡Válgame Dios, y lo que entonces sentí, y más cuando llegué á saber que esta resolución era debida á que mis amores se habían descubierto! Eché de ver cuán deslumbrado había andado en colocar mis esperanzas en un sujeto tan superior á mí. Escribí á Isabel dándole parte de lo ocurrido, y su respuesta, concebida en los términos más cariñosos, y llena de las más encarecidas promesas, reanimó mis espíritus, y me infundió nueva confianza. Sólo una vez pude verla, estrecharla á mis brazos, llenar de besos sus manos, y quedar enagenado en sollozos. ¡Cuál fué mi emoción y mi consuelo, cuando ví correr por sus mejillas las lágrimas del dolor! Nos despedimos dejando concertado el modo de escribirnos.

Partí con el alma traspasada de pena. No puedo expresar lo que sentí, cuando al tras-